

PREGÓN DE LAS FIESTAS DEL CORPUS CHRISTI DE TOLEDO DE 2018

por

Rebeca Rubio Rivera

Ésta es para mí una ocasión muy especial. La Alcaldesa y la corporación municipal me han honrado con esta oportunidad única e inesperada. Sin duda, esta elección tiene mucho que ver con la intensa y fructífera colaboración de estos dos últimos años entre el Ayuntamiento y la Facultad de Humanidades, a la que represento como Decana. Han sido múltiples y diferentes iniciativas y actividades las que hemos organizado conjuntamente ambas instituciones, en especial, el año pasado con ocasión del XXX aniversario de la declaración de Toledo como Patrimonio de la Humanidad y este 2018 como Año Europeo del Patrimonio Cultural.

Además, como ha destacado la Alcaldesa, soy la sexta mujer... Por deformación profesional me puse a indagar: la sexta mujer en 46 pregones. Las cifras hablan por sí solas. Fue en 1984, cuando se escogió a la primera pregonera del Corpus, la historiadora Emilia Alba González, una elección acorde con la modernidad que caracterizó a esa maravillosa década de los ochenta. Era entonces alcalde Joaquín Manuel Sánchez Garrido, que apenas llevaba un año de mandato. Un alcalde al que la ciudad de Toledo también debe su declaración de Patrimonio de la Humanidad. Y, sin embargo, leí con asombro, que en Granada, con otra de las más señeras festividades del Corpus, han tenido que esperar hasta el año pasado para contar con una primera pregonera. En cualquier caso, seguro que en los próximos años se sumarán más voces femeninas al pregón del Corpus en Toledo.

Por todo ello, pronunciar hoy el pregón es para mí un privilegio, otro de los me brinda esta excepcional ciudad, a la que tanto debo. Aquí llevo media vida y, por eso, Toledo hace tiempo que es mi ciudad.

En este año 2018, que celebramos el Año Europeo del Patrimonio Cultural, cobra un especial significado la fiesta grande de Toledo, pues la festividad del Corpus Christi constituye uno de los máximos exponentes del patrimonio inmaterial que atesora nuestra ciudad, pero también se distingue por ser patrimonio desde múltiples perspectivas.

El Corpus es un ejemplo extraordinario de patrimonio cultural inmaterial: como fiesta religiosa y popular, transmitida durante siglos, de generación en generación, como tradición colectiva, con un indiscutible carácter integrador e identitario. El lema de este año europeo es: "*Nuestro patrimonio: donde el pasado se encuentra con el futuro*". Y, sin duda, en el Corpus, nuestro patrimonio reúne el pasado con el presente y el futuro.

Como festividad secular, que se celebra en Toledo al menos desde la primera mitad del siglo XIV, posee un indiscutible valor histórico, preservando un conjunto de prácticas religiosas y tradiciones, con la procesión como su más esplendorosa expresión. Y como historiadora que soy, permítanme que viajemos al pasado y repasemos brevemente la historia de su origen y sus primeras etapas.

Nos remontamos al siglo XIII, a un lugar lejano: el Principado de Lieja, en los Países Bajos; a un ambiente en el que surgió esta fiesta dedicada al Cuerpo de Cristo como un medio de contrarrestar las voces que desde el siglo XI habían cuestionado el misterio de la Eucaristía. Sería en concreto una mujer la que inspiró y promovió esta nueva festividad, Julienne de Rétime, priora del monasterio cisterciense de Mont-Cornillon, luego Santa Juliana de Lieja. De sus frecuentes visiones místicas nacería la idea de celebrar el sacramento eucarístico dedicando un día al *Corpus Domini*. Después de perseverar en su empeño durante años, logró convencer a Roberto de Thourotte, príncipe-obispo de Lieja, quien en 1246 atendió su petición y fundó la fiesta en toda su diócesis.

Diversas circunstancias determinaron la tibieza con la que fue acogida la festividad en los primeros años. Habría que esperar a 1264 para que fuera instituida en el calendario litúrgico para toda la cristiandad por el papa Urbano IV. No en vano, él había sido archidiácono de Lieja y conocido a Juliana, aunque ella no vivió para disfrutar de este momento. Y fue instaurada la celebración mediante su bula *Transiturus de hoc mundo* y con los textos e himnos para el Oficio y Misa del día, que había encargado elaborar a uno de sus consejeros, el propio Tomás de Aquino.

La incipiente difusión de la festividad en Europa, en las postrimerías de ese siglo XIII, cobraría una auténtica universalidad en los primeros decenios del siglo XIV, gracias a la intervención del papa Clemente V, que en 1313 le otorgó solemnidad disponiendo el cortejo procesional en el interior de las iglesias. En esa época ya se constata su celebración en algunas ciudades hispanas y, probablemente, en la década de los treinta de ese siglo se incorporaría al calendario litúrgico en Toledo.

El testimonio documental de la propia procesión del Corpus Christi en nuestra ciudad lo aporta una de las obras que custodia la Biblioteca Capitular de la Catedral, un ejemplo del incalculable valor del patrimonio documental del que es depositaria. El documento alude a la orden del Cabildo para el gasto en las candelas de cera que habrían de llevar cada uno de los participantes eclesiásticos de la procesión "*por fuera de en derredor de la Iglesia catedral*".

Pero ¿cuándo se gestó la procesión con los rasgos característicos que conocemos? Fue a lo largo del siglo XV cuando se incorporaron los elementos clásicos y más emblemáticos. Mientras que en el XVI se consolidarían muchos de los componentes que perduraron en el tiempo. Principalmente, el ceremonial con el orden estricto y la composición del cortejo procesional: abría el paso el tradicional pertiguero, seguido de los gremios, las parroquias, las cofradías, la clerecía toledana y, cerrando el desfile con la custodia, las autoridades eclesiásticas y civiles. Un perfecto orden jerárquico en el que estaban representados todos los estamentos de la ciudad.

Es también en este siglo en el que se amplía progresivamente el recorrido más allá de las calles circundantes de la catedral. Primero llegando hasta la Plaza Mayor, luego a Zocodover, más tarde a San Vicente y, ya, tras varias décadas –en el último tercio del siglo-, alcanzaría el área del Convento Madre de Dios. El itinerario procesional se mantendría a lo largo de los siglos sucesivos hasta 1986 con la ampliación que llevaría la carrera a la calle de Rojas.

También al siglo XVI se adscribe la gran custodia de Enrique de Arfe. Encargo del Cabildo catedralicio en 1515, por mandato del propio cardenal Cisneros, fue finalizada 9 años después, en 1524. Sin duda, la custodia es una obra cumbre de la orfebrería entre las postrimerías del gótico y los preludios del Renacimiento. Su armoniosa arquitectura y su exquisita y profusa decoración –con más de 200 figuras- le otorgan esa excepcionalidad acorde con su protagonismo y su función. Y en su epicentro resplandece otra joya extraordinaria: el ostensorio, o custodia de mano, de la reina Isabel la Católica, en oro macizo cuajado de gemas y perlas. Diecisiete kilos del primer oro que traería Colón de las Américas. Sin duda, la esplendorosa obra de Arfe es la digna custodia para portar el Cuerpo de Cristo. Y es un excelso tesoro del patrimonio artístico mueble de Toledo.

De igual modo, la decoración del recorrido se fue enriqueciendo y diversificando en el transcurso del tiempo. Ha sido un complemento esencial en la procesión a lo largo de la historia. Así, tanto en el Renacimiento, en ese siglo XVI, y, sobre todo, después, con el Barroco, las calles llegarían a ser exuberantemente adornadas. De hecho, se instaba a los ciudadanos a ornar sus balcones y fachadas. Y la competencia entre vecinos y ciudades llevaría a derrochar ostentación en la decoración. Esa tendencia al exceso ornamental intentó moderarse a instancia de la realeza desde comienzos del siglo XVII. Por su parte, las autoridades eclesiásticas reprobaban que las calles se adornaran con ricos tapices de motivos mitológicos paganos, sobre todo aquellas con escenas “licenciosas”, pero fue en vano pues prevalecía el deseo de embellecer con tan ricas vestiduras los muros, como atestiguan las crónicas sobre la fiesta en Sevilla, Lisboa o Toledo.

Así los adornos colmarían el itinerario procesional: estandartes, farolas y candelabros, panoplias, reposteros, altares, tapices, colgaduras, mantones y guirnaldas, que revestían muros y fachadas con una decoración tan profusa, como efímera. La opulencia y el colorido de los ornamentos aportaría un magno escenario acorde con la solemne pompa procesional. En general, la fiesta barroca con su recargada estética procuraba alcanzar un boato deslumbrante, de ahí que algunos especialistas la hayan calificado como la fiesta de los sentidos. Y el Corpus de esa época sería una de esas ocasiones anuales en las que se desplegaba la más exuberante puesta en escena para impactar a propios y extraños.

Pero aún podemos tirar del hilo de la historia para desvelar otros elementos patrimoniales de nuestra fiesta. Paralelamente, y a medida que se conformaba y consolidaba la celebración religiosa, se integraban diversas manifestaciones festivas propias de la religiosidad popular. Ya en época medieval –en el siglo XV- se habían incluido en la procesión músicos, comparsas y carros con figuras o actores en composiciones escénicas, conocidos como entremeses. Lo cierto es que entonces era algo típico, las festividades religiosas se amenizaban en los templos con los autos: representaciones teatrales de temas bíblicos o alegóricos, con una función didáctica y catequizadora. Estas breves piezas dramáticas proliferaron en el Corpus al aumentar su popularidad. Y, precisamente, los libros de Obra y Fábrica de la Catedral dan buena cuenta del creciente gasto que suponían las múltiples representaciones de autos y entremeses.

A su vez, diversas danzas se integraban en la procesión del Corpus, cobrando especial auge en la segunda mitad del XVI. Eran danzas mímicas alegóricas y otras de matachines con espadas y bastones, en ocasiones acompañadas de coplas. También los bailes de zarabandas fueron muy apreciados por el pueblo. Muchas de ellas pretendían remedar estilos de la Antigüedad Clásica: de danzantes tracios o romanos con las armas, o bien de ninfas griegas acompañadas del sátiro dios Pan, para ilustrar el triunfo de la castidad. Pero estas coreografías tan profanas y mundanas, fueron consideradas lascivas e inapropiadas desde instancias eclesiásticas, propiciando su censura y prohibición. Y solo sobrevivieron algunas tras una profunda renovación y “adecuación”.

En realidad, el ambiente reformista había revertido las mentalidades de las élites que pasaron a desdeñar las supersticiones y la espontaneidad de la cultura popular y a mostrar rechazo por lo profano en contexto religioso. Así, a mediados del siglo XVII, ya se habían transformado o suprimido las manifestaciones festivas más discordantes o consideradas irreverentes. El racionalismo de la Ilustración sentenciaría, a lo largo del XVIII, el final de otras tradiciones y ceremonias.

Y si las representaciones de los autos del Corpus habían sido muy apreciadas por el Cabildo, las voces críticas surgidas, unidas a la crisis y a su elevado coste, supondrían su suspensión a comienzos del XVII –en 1616-. Son por tanto un patrimonio inmaterial extinto, que ha sucumbido a los avatares cambiantes del tiempo, y del que solo conservamos referencias en ese otro patrimonio, el documental, que afortunadamente preserva muchos de sus textos y su memoria histórica.

Por su parte, los gigantones eran una parte esencial de la procesión medieval y pervivieron en el tiempo, siendo renovadas las figuras y sus indumentarias en distintas épocas. El Cabildo adquirió en el siglo XVIII nuevos gigantes, pero dejaron de participar en el cortejo procesional, saliendo en la víspera. Estos son los gigantes que tras ser restaurados siguen desfilando en la actualidad aún acompañados de la Tarasca. Por cierto, otro personaje profano esencial en el Corpus. Esta se representa como un monstruo, concebido como una especie de dragón al que se incorporará sobre su lomo una figura de mujer (Marta), que había sido identificada en Toledo con Ana Bolena. Afortunadamente, a diferencia de lo que ocurrió en muchas ciudades, la tarasca toledana ha perdurado con los gigantones. De todos ellos disfruta el público, sobre todo, de menos edad, en la víspera del jueves. Son los vestigios de ese Corpus más popular y profano y, por ello, expresiones privilegiadas del patrimonio inmaterial que acumula esta fiesta.

Además, el Corpus tiene lugar en un escenario colmado de patrimonio histórico y artístico: la propia ciudad de Toledo, Patrimonio de la Humanidad, y crisol de culturas, con los monumentos y edificios históricos que jalonan su recorrido, por todos nosotros bien conocido:

- La Catedral primada, esa joya de la arquitectura gótica a la que se sumaron obras e intervenciones posteriores y que salvaguarda en su interior tesoros del patrimonio artístico y documental.

- El Palacio Lorenzana, obra cumbre del Neoclásico en Toledo, en el que el cardenal Lorenzana instauró la antigua Universidad de Toledo, hoy sede del Vicerrectorado de la Universidad de Castilla-La Mancha.

- La Iglesia de S. Ildefonso, que eleva su imponente arquitectura barroca en esa posición dominante de la ciudad.

- Y otras tantas iglesias como la de San Vicente, el Salvador o San Marcos, entre otras.

Son también muchos los edificios, palacios, conventos y casas con sus típicos patios, que con varios siglos en su haber y cargados de historia se asoman como ayer a los flancos de la carrera.

Y el recorrido en ese periplo histórico por las mismas calles que perduran en el tiempo, algunas incluso dos milenios desde la *Toletum* romana. Cada año rehacemos el itinerario con tanta historia bajo nuestros pasos.

Es una suma magnífica y casi inconmensurable de patrimonio histórico, arqueológico y artístico ciñendo la procesión en el corazón de Toledo.

En definitiva, en la festividad se han conservado la mayor parte de sus componentes seculares, codificados y cargados de simbología, pero también ha cambiado y se ha actualizado al ritmo de los tiempos. Se ha ido adaptando a la realidad de cada sociedad en la que se ha celebrado. Algo esencial para que la festividad siga viva, vigente y gozando de la misma popularidad de siempre.

Por ello, el peso de siete siglos de historia no ha hecho mella en el Corpus, sino que ha creado una pátina atemporal en la fiesta, aquilatando las esencias de su legado. Arraigado en el imaginario colectivo, con su enorme poder evocador, revive cada año, casi como antaño, pero renovado e integrado en el Toledo actual.

Como todos saben, la festividad del Corpus Christi de Toledo fue declarada en 1980 Fiesta de Interés Turístico Internacional, pero, como hemos visto, con tan ingente legado, nuestro Corpus es Patrimonio con mayúsculas. De ahí, que, como algunas otras fiestas, podría formar parte de ese elenco de la Unesco del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

Volvamos al presente. Este jueves de Corpus reviviremos toda la procesión. Yo participaré en el cortejo con mis compañeros de Facultad junto al resto de integrantes de nuestra Universidad, la Universidad de Castilla-La Mancha, que desde 1991 desfila con el traje académico, y la multicolor diversidad de birretes y mucetas que distingue a cada titulación. Nosotros, los de Humanidades, de azul claro, el de las antiguas Letras. Así, un año más se reunirán las tradiciones seculares y la fiesta religiosa, civil y popular, la historia y el patrimonio con la celebración colectiva.

Un año más nos reencontraremos con esa profusión de aromas y colores. El olor que desprende el tapiz de tomillo que cubre el empedrado, las calles engalanadas, con tapices, mantones y un sinfín de composiciones vegetales y guirnaldas cuajadas de flores. Y como siempre cubiertas por los característicos toldos, los “cielos” que llamaban antaño, esenciales para conducir la custodia bajo palio.

Un año más el gentío asistente: toledanos, visitantes y turistas, se arracimarán para contemplar esa sucesión de vívidas imágenes del tránsito procesional del cortejo, entre la diversidad de las indumentarias, estandartes y emblemas de cofradías,

hermandades y estamentos seguidos de la custodia, anunciada por el tintineo de campanillas, sus fulgurantes destellos y la incesante lluvia de pétalos.

Un año más sentiremos esa sutil y vibrante atmósfera, plena de sensaciones, entre luces, sombras, cadencias musicales, bullicio y silencios contenidos. La emoción fervorosa ante la llegada del Corpus Christi. La alegría palpita en todos y gravita en el ambiente caluroso, hoy como antaño, como siempre.

De nuevo, un año más, compartiremos esa excepcional amalgama de expresiones que aúnan el legado patrimonial y las esencias de esta fiesta grande, tan antigua, tan viva y tan de Toledo.

Es tiempo de Corpus, vivamos y sintamos la fiesta, disfrutemos de Toledo y del Patrimonio Cultural.

¡Viva el Corpus!

Toledo, 23 de mayo de 2018

Rebeca Rubio Rivera
Decana de la Facultad de Humanidades de Toledo
Universidad de Castilla-La Mancha